



## Prólogo

«No se puede negar que entre las damitas de Londres se está extendiendo una auténtica epidemia; una trágica realidad que pinta un desolador panorama.

Nos referimos, por supuesto, a la soltería.

¡Hay tantas damas solteras en nuestra maravillosa ciudad que no pueden disfrutar del deslumbrante brillo del matrimonio!

¡Tantas que solo esperan la oportunidad de florecer!

Pues bien, estimada lectora, en interés del bien público hemos redactado una lista de soluciones contrastadas que simplificarán la ardua tarea de encontrar marido».

Presentamos, humildemente, *Lecciones para dar caza a un lord*.

*Perlas y Pellizas*, junio de 1823

*Townsend Park. Dunscroft, Yorkshire*

Lady Isabel Townsend estaba en la humilde salita de visitas del único hogar que conocía, esperando a que se apaciguara el rugido en sus oídos. Miró con los ojos entrecerrados al pálido y flaco hombrecillo que tenía delante.

—Así que le ha enviado mi padre.

—Exacto.

—¿Le importaría repetirme la última parte? —Aunque no tenía ninguna duda de que había comprendido perfectamente las palabras de su inoportuna visita.

El hombre sonrió, mostrándole de nuevo aquella expresión vacía y poco atractiva. A Isabel se le hizo un nudo el estómago.

—Vamos a casarnos —aseguró el individuo arrastrando las sílabas, que flotaron en el aire haciendo que la estancia pareciera, de repente, demasiado pequeña.

—Y debo imaginar que se está refiriendo a usted y a mí.

—Sí, usted y yo. Vamos a casarnos.

Isabel negó con la cabeza.

—Lo siento, señor...

El hombre la miró, mostrándose claramente contrariado al darse cuenta de que ella no le había prestado atención cuando se presentó.

—Asperton. Lionel Asperton.

Isabel tomó nota mental para recordar tan aciago nombre. En ese momento, debía centrarse en el hombre que, por cierto, no parecía muy listo. Por supuesto, sabía desde hacía mucho tiempo que los conocidos de su padre rara vez poseían demasiado intelecto.

—¿Qué quiere decir al afirmar que hemos de casarnos, señor Asperton?

—Que la he ganado.

Isabel cerró los ojos intentando con todas sus fuerzas mantener la serenidad, procurando ocultar la cólera y el dolor que le causaban esas palabras, pero le resultó imposible. Sostuvo la pálida mirada otra vez.

—Así que me ha ganado.

Él ni siquiera tuvo la discreción de fingir vergüenza.

—Sí. Su padre la apostó.

—Por supuesto. —Isabel dejó salir la frustración con un pequeño suspiro—. ¿Contra qué?

—Contra cien libras.

—Bien. Un poco más de lo habitual.

Asperton ignoró las crípticas palabras y se acercó a ella con una confiada sonrisa.

—Gané la mano. Ahora usted es mía. Tengo derecho. —Alargó el brazo y le pasó un dedo por la mejilla—. Creo que los dos lo disfrutaremos —susurró.

Ella permaneció quieta intentando contener el escalofrío que le bajó por la espalda.

—No lo creo.

El hombre se inclinó hacia ella, que se quedó paralizada al percibir la cercanía de aquellos labios rojos y agrietados. Se

apartó poco a poco, intentando, con desesperación, poner distancia entre ellos.

—Entonces, tendré que convencerla —la amenazó él.

Isabel se retorció para alejarse de su indeseada proximidad y se protegió detrás de una silla gastada. Un ladino brillo titiló en los ojos del hombre al seguirla con la mirada.

*Le gusta dar caza.*

Iba a tener que poner fin a aquello ahora mismo.

—Mucho me temo que ha hecho un largo camino para nada, señor Asperton. Yo ya soy mayor de edad y mi padre... —Hizo una pausa, como si estuviera saboreando las siguientes palabras—. Mi padre no debería haberme apostado. Nunca le ha servido de nada y, desde luego, no le servirá ahora.

Él se quedó paralizado y agrandó los ojos.

—¿Ya lo había hecho con anterioridad?

*Demasiadas veces.*

—¿Quiere decir que si un hombre apuesta a su hija una vez lo considera normal, pero si lo hace en múltiples ocasiones ofende su sensibilidad?

Asperton se quedó boquiabierto.

—¡Por supuesto!

Isabel entrecerró los ojos que había clavado en su presunto prometido.

—¿Por qué?

—¡Porque él sabía de sobra que iba a perder la apuesta!

*Ese hombre, definitivamente, conocía muy bien a su padre.*

—Sí. Esa es la razón que hace inaceptable la situación —resumió Isabel con mordacidad, dándose la vuelta de repente y abriendo la puerta—. Mucho me temo, señor Asperton, que es usted el séptimo hombre que viene a reclamarme como su prometida. —No pudo contener una sonrisa al notar su sorpresa—. Y será también el séptimo que saldrá solo de Townsend Park.

Asperton abrió y cerró la boca con rapidez; sus carnosos labios le recordaron a un pez boqueando.

Isabel comenzó a contar.

Pero ellos siempre estallaban antes de que llegara a cinco.

—¡Es inaceptable! ¡He ganado una esposa! ¡La hija de un conde, nada menos! —Su voz se fue volviendo cada vez más nasal, un tono que Isabel siempre había asociado con los desagradables holgazanes con los que se relacionaba su padre.

Y eso que hacía siete años que no lo veía.

Cruzó los brazos y lanzó al hombre su mirada más lastimera.

—Me figuro que él mencionó, además, algún tipo de dote, ¿o me equivoco?

Al hombre se le iluminaron los ojos como si por fin se sintiera comprendido.

—Precisamente.

Ella casi sintió lástima por él. Casi.

—Bien. Me temo que no existe ninguna dote. —Asperton frunció el ceño—. ¿Le apetece tomar el té?

Isabel observó cómo el cerebro del hombre llegaba lentamente a la conclusión más evidente.

—¡Oh, no! —anunció—. ¡No quiero tomar el té! ¡He venido a por una esposa y por Dios que me iré con una! ¡Con usted!

Tratando de mantener la calma, ella suspiró.

—Habría sido mucho mejor que no tuviera que recurrir a esto.

Él hinchó el pecho, entendiendo mal el significado de sus palabras.

—Estoy seguro de que sí. Pero ¡no abandonaré esta casa sin la esposa que he ganado! ¡Usted me pertenece! ¡Estoy en mi derecho!

Entonces se abalanzó sobre ella.

*Como siempre.*

Isabel se echó a un lado y él salió disparado a través de la puerta abierta.

Donde las mujeres le esperaban.

Isabel le siguió para ver cómo se enderezaba y tomaba posición ante las tres mujeres disfrazadas que, como soldados bien entrenados, formaban un muro inexpugnable entre él

y la puerta de la casa. Por supuesto, ese hombre nunca sospecharía que eran mujeres.

Isabel sabía, por experiencia, que los hombres tendían a creer lo que querían ver.

Deslizó la mirada del *cocinero* al *jefe de establos*, pasando por el *mayordomo*.

Aspertón se volvió hacia ella.

—¿Qué es esto?

El jefe de establos hizo restallar contra el muslo el látigo que llevaba en la mano, un golpe seco que sobresaltó al supuesto pretendiente.

—No nos gusta que se hable así a una dama, señor.

Isabel observó que al hombre le subía y bajaba la nuez.

—Es que yo... yo...

—Bueno, una cosa está clara: usted no es un caballero. Un caballero no se habría abalanzado así sobre una dama. —El cocinero señaló la salita con un enorme y pesado rodillo de pastelero.

Aspertón volvió a mirar a Isabel y ella encogió los hombros con delicadeza.

—Sin duda alguna no volverá a abalanzarse sobre lady Isabel de esa manera. —Ahora fue el mayordomo quien habló, acariciando con una mano el sable que sostenía por la empuñadura. Isabel se contuvo para no mirar hacia la pared desnuda donde un momento antes estaba colgada la antigua espada desafilada.

Realmente a sus sirvientes les gustaba dar el espectáculo.

—Er... ¡No!

Hubo un largo silencio en el que Isabel esperó hasta que la frente del señor Asperton se cubrió de sudor. Decidió intervenir cuando observó por fin que el pecho del hombre subía y bajaba más deprisa.

—El señor Asperton ya se iba —indicó ella en tono decidido—. ¿No es así, caballero?

Él asintió con la cabeza, temblorosamente, sin apartar la mirada del látigo que Kate sostenía en la mano y con el que había comenzado a trazar pequeños círculos amenazadores.

—Sí... ya me iba.

—Creo que no se le ocurrirá regresar, ¿verdad, señor?

Él tardó un buen rato en responder. Kate dejó que se posase en el suelo la suave punta de cuero y el repentino movimiento le arrancó de su arrobo. El hombre chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Claro que volveré.

Jane arrastró la punta del sable por el suelo de mármol provocando un chirriante sonido metálico que resonó en el vacío.

Isabel agrandó los ojos.

—Quizá debería pensar mejor la respuesta, señor —susurró por lo bajo.

Él se aclaró la voz.

—Sí. Por supuesto. Quiero decir que... no. No volveré por aquí.

Isabel sonrió entonces; una amplia y amigable sonrisa.

—Excelente. Pues me despido ya de usted. Podrá encontrar la salida solo, ¿verdad? —Le indicó el camino, ahora flanqueado por las tres mujeres disfrazadas—. Adiós.

Ella regresó a la salita, cerró la puerta con firmeza y se acercó a la ventana a tiempo de ver que el hombre apresuraba sus pasos por el sendero de acceso y se subía al caballo que le aguardaba, alejándose acto seguido como si le persiguieran los sabuesos del infierno.

Isabel soltó el aire que contenía.

Solo entonces se permitió llorar.

Su padre la había apostado.

Otra vez.

La primera vez sintió un dolor horrible. A esas alturas debería haberse acostumbrado a que la tratara de esa manera pero, a pesar de todo, seguía sorprendiéndose.

Como si algún día todo pudiera cambiar.

Como si algún día él pensara en alguien más que en sí mismo.

Como si algún día él llegara a preocuparse por ella.

Como si algún día alguien pudiera llegar a preocuparse por ella.

Por un momento valoró a su padre. El Condinnoble, apodado puesto por la propia aristocracia, que le consideraba el más innoble de los condes. El hombre que abandonó a sus hijos y a su esposa en el campo para llevar en Londres una vida de escándalos y libertinaje. Un hombre al que jamás le importó su familia; al que no le afectó la muerte de su esposa. Ni que los sirvientes los abandonaran cuando dejaron de cobrar el sueldo. Ni que su hija le hubiera enviado una carta tras otra preguntándole cuándo regresaría a Townsend Park para intentar que la propiedad pudiera recuperar un poco de su pasado esplendor. Y eso que no pedía nada para ella, sino para su hermano, el heredero.

*La única vez que había regresado...*

No. No pensaría en eso.

Su padre. El hombre que robó el espíritu de su madre. El que privó a su hermano de una figura paterna desde que era un bebé.

Si no los hubiera abandonado, ella no tendría que haberse hecho responsable de todo. Pero aceptó el reto y consiguió que la propiedad saliera adelante; obtuvo comida para todos. Aunque no había logrado mucho más provecho; la heredad apenas producía para mantener a sus habitantes e inquilinos mientras él se gastaba hasta el último penique de los ingresos en sus escandalosas actividades.

Sin embargo obtuvieron suficiente para comer, y la pésima reputación del Condinnoble mantuvo alejada cualquier visita indeseable a la que se le hubiera podido ocurrir acercarse a Townsend Park, y dejó a Isabel plena potestad sobre la casa y los sirvientes. Utilizó los recursos como consideró oportuno, sin ser vigilada por los indiscretos ojos de la sociedad.

Pero eso no significaba que no deseara que todo hubiera sido diferente; habría querido disfrutar de las mismas oportunidades que las hijas de los demás condes, que se

preocuparan por ella, que la cortejaran como Dios manda; que un hombre la amara por sí misma, no como al succulento premio de un juego de azar.

Le hubiera gustado no sentirse tan sola.

*Desearlo no solucionará nada.*

La puerta de la sala se abrió y cerró silenciosamente. Isabel emitió una risita al tiempo que se limpiaba las lágrimas de las mejillas. Finalmente se dio la vuelta y se topó con la mirada fija y seria de Jane.

—No deberías haberle amenazado.

—Se lo merecía —aseguró Jane, que representaba el papel de mayordomo.

Isabel asintió con la cabeza. Durante los últimos minutos había visto a su padre reflejado en el rostro de Asperton. Los ojos comenzaron a picarle de nuevo, pero contuvo las lágrimas.

—Le odio —susurró ella.

—Lo sé —la consoló la mayordomo, sin moverse del umbral.

—Si estuviera aquí, le mataría.

Jane asintió con la cabeza.

—Bueno, pero al parecer no será necesario. —Alzó la mano, mostrándole un documento—. Isabel, el conde... ha muerto.